

Rey de amor

El último domingo del año litúrgico es la fiesta solemne de Jesucristo Rey del universo. Celebramos de esta manera como el colofón de la historia humana, que en Cristo tiene su punto omega. Verdaderamente, Cristo es el centro del cosmos y de la historia (RH 1; cf. GS 10). La historia se cuenta “antes” de Cristo y “después” de Cristo, porque el acontecimiento de la encarnación redentora ha marcado un antes y un después de este acontecimiento. Y Jesucristo es el final de la historia humana, porque en él quedará recapitulado todo, y hacia él confluirán todos los caminos de la historia.

Jesucristo vivió con esta conciencia. “¿Eres tú el Rey de los judíos? –Tú lo has dicho, yo soy rey” (Jn 18,37). Jesús tiene conciencia de ser rey, aunque no es un rey como los reyes de este mundo. “Mi reino no es de este mundo”. Él ha venido para ser testigo de la verdad, para enseñarnos el camino del amor verdadero, para conquistar nuestros corazones con la fuerza de su amor, que no supone violencia ni imposición, sino que convence a fuerza de amor.

“En el atardecer de la vida te examinarán del amor”, nos recuerda san Juan de la Cruz, aludiendo al pasaje del evangelio de este domingo. Seremos examinados de amor por el rey del amor. “Tuve hambre y me disteis de comer...” ¿Cuándo? ¿Cómo? –“Lo que hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicisteis”. El resumen de toda la vida cristiana es el amor. En este caso, el amor a nuestros hermanos necesitados, con los que Cristo se ha identificado. Por el misterio de la encarnación, Jesucristo se ha unido de alguna manera con cada hombre (GS 22). La encarnación no termina en su humanidad santísima, sino que ha querido prolongarse en cada hombre que viene a este mundo, incorporándolo a ese gran cuerpo, que es su Iglesia.

Cristo se disfraza en el hermano hambriento, sediento, desnudo, para provocar nuestra misericordia hacia Él, en sus hermanos más pobres, de manera que también nosotros alcancemos misericordia. “Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. De esta manera, el amor cristiano encuentra su camino de ida y vuelta en Jesucristo. Primero, porque Él nos ha amado hasta el extremo, pero además, porque Él ha colocado en nuestros corazones su amor, y nos lo reclama provocándonos desde el hermano necesitado. Él es verdadero rey de amor, que al final de la historia nos concederá la herencia del reino, preparado por su Padre desde la creación del mundo para todos los elegidos.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
23.11.2008